

Economistas con alma



Juan R. Cuadrado Roura

En las últimas décadas, aunque con particular intensidad desde mediados de los años 1970, los análisis económicos de carácter académico muestran una tendencia en la que predominan los planteamientos muy técnicos, con amplia utilización de modelos, matemáticas y econometría, tanto para el estudio de los grandes problemas como para cuestiones más microeconómicas relativas a las empresas o a los comportamientos de los ciudadanos. Esta corriente es hoy por hoy claramente dominante, si bien cuenta con claros antecedentes motivados por el deseo de aproximar las investigaciones económicas a las de otras ciencias más ‘puras’, como la Física o la Química. La denominación ‘Economics’ (Ciencia Económica), sustituyendo a la más tradicional de ‘Economía Política’, no es sino uno de los resultados de este enfoque.

Los estudios económicos nacieron, como se sabe, de la mano de la Filosofía, la Ética y otros enfoques que todavía no tenían carta de nacimiento, pero que estaban en el ámbito de las ‘Moral Sciences’ o, mejor aún, las ciencias sociales. Los términos ‘Economía Política’ fueron la denominación dominante, lo que implicaba reconocer que sus fronteras no terminaban en los estudios de ‘economía pura’, sino que gran parte de los problemas económicos debían tener en cuenta otros ámbitos académicos (la Política, la Sociología, la Demografía y otras ciencias sociales).

La primera de estas dos grandes corrientes es, sin duda, la dominante desde hace varias décadas. Si alguien lo duda, podrá comprobarlo fácilmente al revisar el contenido de buena parte de las revistas de economía que mundialmente se consideran más relevantes. La elección de los Nobel de Economía de 2024 (que realmente otorga el Banco de Suecia “en homenaje a Alfred Nobel”), nos ha traído el aire fresco de tres economistas que se inscriben claramente en la ‘Economía Política’.

La obra de los tres premiados, Daron Acemoglu, Simon Johnson y James A. Robinson, no sobresale por sus modelos matemáticos o econométricos, aunque en absoluto los ignoran, sino por su preocupación por los problemas de los países menos desarrollados, la pobreza y en la relación entre la economía y los sistemas políticos internos. Tampoco han dedicado su esfuerzo investigador a cuestiones microeconómicas o de teoría pura, sino a cuestiones de carácter mucho más amplio, próximos o más allá de las fronteras del conocimiento económico, llámense desigualdades, pobreza, conflictos políticos, dictaduras, etc.

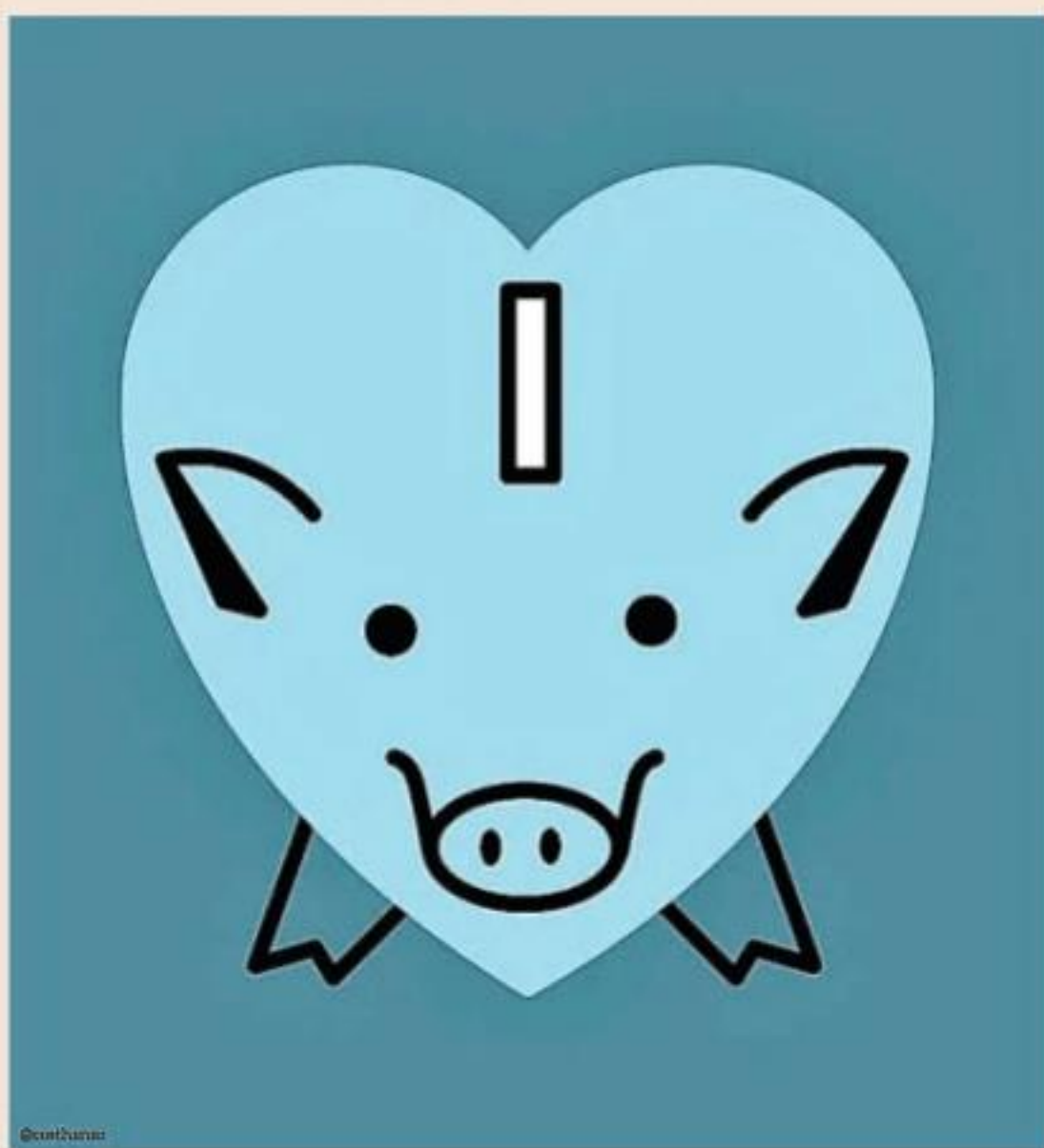
Los tres nuevos Nobel contaron, obviamente, con una excelente base teórica. Daron Acemoglu estudió en York y en la London School of Economics (LSE) donde se doctoró. James A. Robinson se formó como economista en la Universidad de Warwick y en la LSE, donde también se doctoró. Y Simon Johnson estudió en Oxford y Manchester y se doctoró en el MIT. Los tres trabajan desde hace años en Estados Unidos y han sido docentes en varias de las universidades más prestigiosas del país. Actualmente, Acemoglu y Johnson están en el MIT y Robinson en la Public Policy School de la Universidad de Chicago.

Pero, ¿qué es lo que realmente nos alegra del nombramiento de estos nuevos ‘Nobel’ y del criterio

aplicado por el jurado? La respuesta es clara: la mayor parte de sus aportaciones han girado en torno a explicar las causas que subyacen en el atraso económico de los países, o lo que se deriva de algún acontecimiento o conflicto, ya sea interno o con países del entorno. El jurado ha justificado el nombramiento por sus aportaciones “para comprender y mejorar las relaciones entre instituciones y prosperidad”. Pero estos términos creo que no reflejan adecuadamente los méritos de sus trabajos. Los tres nuevos ‘Nobel’, y muy particularmente Acemoglu y Robinson, reflejan en sus obras la preocupación por las personas, por su situación, sus necesidades y los errores políticos (y económicos) que pueden cometerse cuando algún país externo trata de ayudarles, imponiendo sus criterios y sin tener en cuenta ni la idiosincrasia de la población, ni su cultura, ni las costumbres locales, ni lo que muchos pueblos desean alcanzar en nombre del progreso.

Destrucción creativa

Ejemplos claros de este enfoque son los trabajos de Acemoglu sobre Afganistán y sus críticas a los errores de Estados Unidos al tratar de imponer “ideas y criterios basados en enfoques y fuerzas externas”. Algo que Robinson había subrayado en uno de sus trabajos: se trataba de “una sociedad profundamen-



te heterogénea, organizada a partir de normas y costumbres locales, en ausencia de instituciones estatales bien asentadas”. Una crítica que también existe en el caso de Ucrania, o en las relaciones con China y su desarrollo y capacidad innovadora. De estos análisis se deducen medidas orientadas a la colaboración ciudadana y medidas que ayuden a quienes se vean afectados por la ‘destrucción creativa’ que inevitablemente impone la incorporación de nuevas tecnologías. Acemoglu, Robinson y también Johnson comparten muchas ideas y criterios sobre el desarrollo de los países más pobres o con problemas de estabilidad, pero también prestan atención a los problemas humanos que se están produciendo en los países más ricos, al incorporar tecnologías que destruyen empleos, aunque crean otros diferentes.

Los análisis económicos de estos tres autores se preocupan por las personas, por los problemas y cambios que estamos viviendo y sus consecuencias. Son economistas ‘con alma’, cuyo objetivo básico es clarificar tanto las causas del subdesarrollo como los problemas de los países desarrollados, en especial los vinculados a los actuales avances tecnológicos.

Catedrático de Economía Aplicada (Em.), profesor y director del Programa de Doctorado en CC. Jurid. y Econ. de la Universidad C.J. Cela